

¿Sería que los dioses habían aplacado ya su ira y que volvería á recobrar el imperio de México la alegría, el esplendor, la grandeza de otros días?

Litzajaya adivinó los pensamientos que ocupaban al cacique, y como no quería perder tiempo, añadió:

—¿No os halaga la idea de reanudar vuestra amistad con México?

—Ese es mi mayor deseo; pero las fuerzas que tienen los españoles en Veracruz pueden venir sobre nosotros y castigar la deslealtad que cometemos, rompiendo un pacto que solemnemente hemos formado con ellos.

—No tengais cuidado. Esos hombres desaparecerán pronto de allí. Vos, entre tanto, podeis reunir á todos vuestros vasallos, á los de las serranías, á los totonaques, para impedir la retirada de los españoles por estos dominios.

El cacique se comprometió á acceder á lo manifestado por Litzajaya, siempre que ella lograra alejar de Veracruz á los soldados de Cortés.

—Estad seguro de que lo conseguiré, le dijo la india al despedirse.

Y abandonando la estancia, se dirigió á la cueva en donde se hallaba Marina preocupada, más que de su situación, de la suerte de Hernan Cortés, porque ignoraba los resultados de su expedición á Tepeaca.

Cuando más preocupada se hallaba, le sorprendió la llegada de la india.

Asistamos á aquella entrevista.

## CAPITULO LXXXII.

### Una intriga.



Al presentarse Litzajaya en la prisión de Marina, habló en voz baja con los que la custodiaban, y se puso de acuerdo con ellos acerca de la conducta que debían observar.

Esta precaución alarmó á la india, y comprendió que se tramaba algun plan abominable.

Aparentando, sin embargo, la mayor serenidad, aguardó el momento en que se dirigiera á ella su opresora.

Litzajaya, dando á su voz una entonación dulcísima, con una amabilidad superior á cuanto pueda imaginarse, y al mismo tiempo aparentando tristeza por la noticia que iba á comunicarle, le dijo:

—No podeis imaginaros cuánta es mi pena al confiaros un suceso que ha llegado á mis oídos. Hernan Cortés, en el encuentro que ha tenido con los tepeaqueques, ha caído en su poder. No creais que yo vengo á gozarme en vuestro dolor: no abrigo tan mezquinas intenciones; y además, como yo he amado á un español, sé que vos sufrireis mucho al saber la desgracia de vuestro amante.

La sinceridad que revelaban las palabras de Litzajaya, hacían temer á Marina por la suerte de Hernan Cortés.

La india continuó:

—Sí, yo he amado á Velazquez de Leon. Me engañó villanamente, olvidó todas las promesas, todos los juramentos, y al

arrebatarle su cariño, hizo nacer en mi pecho el deseo de la venganza. Al abandonar á México me hallé su lado, y hundí mi puñal en su pecho. Satisfecha mi venganza, pero sedienta siempre de saciar mi odio en los españoles, juré exterminarlos. Pero al veros en mi poder, al comprender que sois amada del valeroso caudillo de los españoles, al saber que vos correspondéis á su cariño, me he dicho: «Que sean felices, ya que para mí se ha acabado la dicha.» Y desde entónces mi único, mi mayor deseo, es reuniros de nuevo.

Pronto estarás en libertad.

En cuanto á Cortés, de vos depende que se salve en seguida.

Marina prestó mayor atención á las palabras de Litzajaya.

—Para ello es preciso, continuó ésta, que acudan tropas en su auxilio, porque las suyas están destrozadas. En Veracruz hay españoles. Vamos allá; á tí te conocen, díles que vengan con nosotros, y de este modo salvarás á tu amante.

Con la perspicacia que distinguía á Marina, no tardó en comprender que se le tendía un lazo.

Pero su presencia de ánimo le hizo ver que se le presentaba una ocasión propicia para destruir los planes de Litzajaya, y dándole las gracias por el interés que demostraba en su favor, partieron aquel mismo día en dirección á Veracruz.

Parece increíble que la amante de Velazquez de Leon, que la astuta india, fuese ella misma á caer en el lazo que tendía á su prisionera.

Bien es verdad que el deseo de venganza ofuscaba su razón.

Solo así se explica que su sagacidad le permitiera dar un paso tan imprudente.

En la conversación que tuvieron durante el viaje, pudo vencerse Marina una vez más de la emboscada que le preparaba.

Pero á su vez formuló el plan que debía llevar á cabo para parar el golpe.

Al llegar á Veracruz pudo Marina, aprovechando un momento oportuno, decir á Rangel:

—Prended á esta india y á los que la acompañan.

El respeto que todos profesaban á Marina, el prestigio que disfrutaba entre ellos, porque en más de una ocasión á ella, y solo á ella, debían el haber destruido los obstáculos que imposibilitaban su marcha, impulsaban á obedecer aquel mandato al jefe de las fuerzas de Veracruz.

Pero al ver el misterio con que la favorita de Cortés le daba aquella orden, comprendió que no debía apoderarse de los prisioneros por la fuerza, sino por sorpresa.

Y con este propósito, y para no despertar sospechas en Litzajaya, apenas recibió la indicación de Marina:

—Dispensadme, exclamó. Recuerdo en este momento que tengo que comunicar una orden importante á mis soldados. Es cuestión de un minuto; pronto me tendréis á vuestra disposición.

Y separándose de aquellas dos mujeres, que tan opuesto pensamiento abrigaban, dió á sus soldados las instrucciones convenientes para que á una señal suya se apoderaran de Litzajaya y de los indios que la acompañaban.

Les encargó el mayor sigilo; pero se olvidó de decirles que la futura prisionera sabía el español.

Así es que al pasar á su lado uno de los soldados dijo, contemplando á Litzajaya:

—Dentro de poco caerás en nuestro poder.

La astuta india hizo como que no se había apercibido de aquella expansión del soldado.

Manifestando impaciencia por la llegada de Rangel, hizo como que salía á buscarle, y desapareció.

Cuando éste volvió y se encontró sola á Marina, le preguntó dónde estaba Litzajaya.

—Ha ido á vuestro encuentro.

Efectivamente; se internó en las habitaciones por donde se habia dirigido Rangel, y en la primera que vió desierta se asomó á una de las ventanas.

Sin vacilar en el peligro que corria su vida, comprendiendo que estaba en poder de los españoles, su carácter fogoso, soberbio, altivo, la hizo preferir la muerte al cautiverio.

Arrojóse por la ventana, y aunque estaba á una elevacion considerable, no sufrió la más pequeña fractura.

Marina, que no habia oido la exclamacion del soldado, no podia explicarse cómo Litzajaya habia adivinado la suerte que le esperaba.

Antes que ocurriera algun nuevo percance, mandó Rangel á sus soldados que se apoderasen de los indios que acompañaban á la fugitiva, y que los condujeran á lugar seguro.

Hiciéronlo, en efecto, y cuando le avisaron que habian cumplido sus órdenes, de acuerdo con Marina, dispuso que varios destacamentos recorrieran los alrededores para ver si se apoderaban de Litzajaya.

Esta, que conocia perfectamente el territorio, habia tomado por un atajo, y un momento despues de su evasion se hallaba en los intrincados bosques que tanto abundan en aquellas lejanas regiones.

Sigámosla.

## CAPITULO LXXXIII.

Donde se ve que Litzajaya, aunque india, es mujer de trastienda.



Ué Litzajaya á ver á Hijuilho.

El cacique se habia refugiado en las montañas al saber que se aproximaban los españoles.

Las noticias que adquirió la india le facilitaron encontrarle en breve:

Una vez en su presencia:

—No hay tiempo que perder, le dijo, arma á tus tropas, ponte al frente de ellas y ocupa todas estas montañas. Los extranjeros no tardarán en pasar por aquí, y podremos destruirlos.

El cacique creía aventurada la proposicion de Litzajaya.

Esta añadió:

—Tengo un plan infalible. Estad alerta y confiad en mí. Los españoles, en corto número, pasarán por aquí; su jefe les acompañará, estoy seguro de ello, y destruyéndole, poco tendremos que temer de los demas.

Y sin darle tiempo á que le preguntara detalles del plan que meditaba, se separó del cacique, y atravesando las montañas, llegó á la entrada de un valle.

Tomó un sendero que conocia, y siguiéndole se encontró á las dos horas en el sitio que ocupaba la morada de Hernan Cortés. Al primer soldado que vió hizo que pasara aviso al caudillo, diciéndole que traía noticias de Marina, y que en su nombre deseaba hablarle.

Cortés dispuso que inmediatamente la condujeran á su presencia.

La india acudió á su llamamiento.

Adelantándose hácia él con paso seguro, con actitud resuelta, con misteriosa voz, le dijo:

—Tengo que haceros revelaciones importantes, y es necesario da todo punto que me escuchéis á solas.

Hernan Cortés hizo que obedecieran las indicaciones de la india.

Sus servidores se retiraron.

Apénas quedaron solos, preguntó el ilustre guerrero:

—¿Es cierto que sabéis el paradero de Marina?

—Sí.

—¿Corre algun peligro?

—Uno gravísimo la amenaza; pero de vos depende salvarla.

—Explicaos por piedad. Pero ántes probadme que esto no es una superchería, que venís efectivamente de parte de Marina. De lo contrario quedareis en mi poder, y viven los cielos que habiais de pagar bien cara vuestra audacia si trataseis de engañarme.

Litzajaya presentó el anillo de Marina.

Hernan Cortés le reconoció en seguida.

—¡Ah! Sí, exclamó con un arrebató de alegría; yo regalé esta joya á Marina.

—Pues bien; en ese caso ya ne desconfiareis de mí.

—¡Oh! No, perdonadme.

—Os perdono, porque yo tambien he amado. Pero no se trata ahora de eso, añadió Litzajaya, pasando la mano por su frente, como para alejar una idea que la mortificaba.

Durante la batalla que ha tenido lugar en Tepeaca, yo me hallaba en Veracruz.

No sé quién llevó allí la noticia de que habiais sido derrotado, y el jefe de aquellas fuerzas concibió un infame proyecto.

—«Ha llegado el momento, exclamaba ébrio de alegría y sin saber que yo comprendia su idioma; ha llegado el momento de que yo realice mis ensueños.

«Marina se halla en casa de Magiscatzin.

«Como es natural, su impaciencia le hará salir á los alrededores por ver si tiene noticias de su amado.

«Nada más fácil que enviar quien la aceche, quien se apodere de ella y la conduzca á mi presencia.

Así lo hizo, en efecto, y hoy ya está en su poder.

Marina me ha suplicado que venga á participaros lo que pasa para que acudais en su socorro.

El capitan de las fuerzas de Veracruz ha querido seducirla.

Hasta ahora ha podido defenderse.

En su despecho, el cobarde seductor la tiene presa y cargada de cadenas, y le amenaza con horribles martirios si no corresponde à su criminal pasion.

Marina, á quien yo conocia desde los primeros días de su infancia, me divisó desde una de las ventanas de su prision.

Me hizo señas para que me acercase, y echándome esa joya me dijo:

—«Toma esa sortija. Hernan Cortés la reconocerà; pídele que acuda en mi socorro, porque no tendré fuerzas bastantes para oponerme á los brutales instintos de mi seductor.

Hernan Cortés sufría lo que no es decible al escuchar las palabras de la india.

—Os doy mil gracias por la revelacion que acabais de hacerme, por más que me desgarre el corazon.

Y deseando desahogar la pena que le dominaba:

—¿Es posible, decia, que haya un hombre tan infame que pague los beneficios que le he dispensado hiriéndome en lo que más estimo?

¿No le basta ser desleal, traidor á su causa, puesto que cree que he sido vencido y se aprovecha de esta circunstancia para bastardos fines, y olvidando el respeto que debe inspirarle Marina, porque ella ha sido en más de una ocasion nuestra estrella, nuestro guía, se atreve á abrigar siniestro propósitos acerca de ella?

¡Oh! Yo le juro que el castigo que ha de sufrir ha de ser proporcionado á su maldito crimen.

Yo juro que el escarmiento que he de hacer con Rangel ha de vivir eternamente en la memoria, no solo de los españoles que me acompañan en estas remotas regiones, sino hasta en la memoria de los indios.

Yo haré ver que si soy bondadoso, que si sé premiar los servicios que se prestan á la causa que defiendo, que si sé apreciar las pruebas de lealtad, de adhesion, de valor, tambien soy inexorable, severo y hasta cruel cuando se atropellan los más sagrados deberes, cuando se olvidan las conveniencias, cuando se atropellan los fueros de la religion, de la justicia.

Litzajaya gozaba interiormente al ver que su proyecto empezaba á dar los resultados apetecidos, y acariciaba la idea de que pronto se habrian realizado todos sus propósitos.

Hernan Cortés, fuera de sí, sin ocurrírsele siquiera que aquello fuera un lazo, dando completo crédito á las palabras de Litzajaya, pensando solo en Marina, dió orden á sus soldados para que se aprestasen á seguirle.

Litzajaya quedó aguardándole.

En el momento en que Hernan Cortés se separó de ella, ébria de alegría:

—Ya has tragado el anzuelo, exclamó; el tiempo hará lo demas.

Y abandonó precipitadamente la estancia.

Cuando Hernan Cortés volvió con sus soldados, la india habia desaparecido.

Su desesperacion no tuvo límites.

Sin pensar en que Litzajaya hubiera podido tenderle un lazo, salió de Tlaxcala con direccion á Tepeaca, para desde allí trasladarse á Veracruz.

¿Qué habia sido de la india?

Esto es lo que, si nuestros lectores tienen paciencia, sabrán dentro de poco.

## CAPITULO LXXXIV.

### Sucesos inesperados.



N nuevo contratiempo impidió al caudillo efectuar su viaje á Veracruz.

Supo en Tepeaca que algunos de sus habitantes recorrían los alrededores en actitud hostil, que los mexicanos les inducian á la rebelion, y que ya habian logrado que se les unieran los de tres pueblos inmediatos.

Mandó un mensaje el senado de Tlaxcala, dándole cuenta de lo que ocurría y pidiéndole refuerzos.

En tanto que se recibían, llamando á sus capitanes, les habló de este modo:

—No desconozco que ya estareis cansados de la lucha que venimos sosteniendo. El número de batallas en que hemos tomado parte, casi puede contarse por los días que llevamos en estas regiones.

Nadie mejor que vosotros sabe que si yo apelo á las armas es cuando ya he agotado los medios de persuasion.

En las circunstancias en que nos hallamos es imposible retroceder.

Necesitamos continuar por el camino que nos hemos trazado, para que los peligros que hemos corrido, las privaciones que hemos sufrido, las contrariedades que hemos arrojado, no sean estériles.

Yo espero que todos me prestareis como hasta aquí vuestro poderoso, vuestro importante, vuestro eficaz auxilio, para rea-